término de Tlaxcallan. En esta sierra se arman los nublados y de aquí salen las nubes que riegan a Tlaxcallan y pueblos comarcanos y la más cierta señal que tienen por aquella tierra, de que ha de llover, es ver tocada esta sierra de alguna nube y así tienen por infalible el agua. Comenzaban a cuajarse las nubes (y ahora es lo mismo) al tiempo de las diez hasta mediodía, y de allí a vísperas comienzan a repartirse unas hacia la ciudad y otras hacia la de los Ángeles, que cae al mediodía y otras a la de Huexotzinco, hacia el poniente, inclinada al mediodía; y de esta manera reparte Dios el agua por todas aquellas tierras y tan cierta es en poniéndose la nube que no hay duda.

Por esta razón los indios, antes que los españoles viniesen, tenían este lugar por deífico y hacían gran reverencia al demonio en él; porque toda la tierra, a la redonda, venía aquí a demandar agua, y el año que faltaba eran muchos los sacrificios que en ella se hacían. Adoraban en esta sierra la diosa llamada Matlalcueye, que quiere decir saya o faldellín azul; y debe de ser la razón por estar rodeada la sierra de montaña, la cual está azuleando de lejos con los humos de la tierra que la cercan, y tener descubierta la corona y pelada por no hacer en la cumbre montaña, y así la llamaron la diosa del faldellín azul; y también porque como la invocaban para las lluvias y el agua es azul o cerúlea, por eso le llamaron Matlalcueye, tomando la denominación de una flor azul, llamada matlallin.

CAPÍTULO XVII. *Donde se trata de los mayorazgos y casas solariegas que estos señores tenían y cómo se fundaban; y los tributos y maneras de reconocimiento que los menores de estas familias hacían a las dichas casas*

UNQUE SE FUNDÓ EL REINO y provincia de Tlaxcallan por la manera ya dicha (conviene a saber) por los cuatro señores que la regían y gobernaban, no se ha de entender que no solos estos cuatro tenían vasallos a quien mandar y de quien recibir tributos; porque aunque se reconocían por mayores que todos los demás había otros que, aunque eran menores que estos cuatro, tenían sus tierras, juros y heredades y gentes que los servían, por razón de que cuando vinieron estas gentes a poblar este sitio de Texcallan vinieron muchos capitanes, caudillos, maestros de campo y otras muy calificadas personas que en sangre y nobleza eran muy iguales al primer capitán que fue rey de todos. Y así fundaron pueblos y familias, cada cual a parte y en la tierra que les cupo, según la división que atrás dejamos hecha. Pero todos éstos, aunque eran señores de vasallos, tenían reconocimiento cada cual a su mayor, como acontece en los reinos de España, que habiendo un rey que rige y gobierna toda la universal monarquía de su reino, tienen sus tierras a su sombra y amparo muchos duques, condes y marqueses, que siendo señores en los pueblos y tierras que poseen (y por

tales los sirven sus vasallos). Estos señores así servidos y reconocidos, sirven y reconocen al rey, en cuyo reino tienen sus señoríos.

Estos señores referidos tenían (como dejamos dicho) sus mayorazgos en pueblos y en ellos sus casas solariegas; los cuales tenían reconocimiento a las casas mayores de donde procedían. Como si dijésemos de la que se fundó en Tepeticpac, que fue la primera a la cual acudían los demás señores con reconocimiento, respetando al que lo era de aquel lugar como a rey; y después que se dividió en dos partes este reino fueron los menores dividiéndose y acudiendo a reconocer al señorío de Tepeticpac y al de Ocotelolco, que fueron las dos partes en que se dividió, y así se ha de entender de las otras dos, llamada Tizatlan una, y la otra Quiahuiztlan. Porque de cada casa de éstas procedían muchos mayorazgos que llamaban tecuhtles, que quiere decir caballeros y señores, los cuales fundaron casas que llamaban pilcalli, que es como decir casas solariegas de principales hombres, caballeros y hidalgos, los cuales, aunque al presente han llegado casi todos a ser muy pobres (por lo mucho que de ellos carga y el poco favor que tienen) son tenidos por muy calificados y no usan oficios mecánicos ni tratos bajos ni viles, ni jamás permiten que algún otro los cargue, ni haga trabajar en labranzas, diciendo que no lo heredaron de sus pasados.

Y para mejor entender la substancia de este capítulo, según lo que vamos tratando, es de notar que cualquier capitán o tecuhtli que fundaba una casa solariega o vínculo de mayorazgo (que es el teccalli dicho o pilcalli por otro nombre) tomaba para la casa principal, donde este dicho mayorazgo se fundaba, todas aquellas tierras que le caían en suerte o por repartimiento con montes, fuentes, ríos y lagunas; tomando (como decimos) para la casa principal, la mayor y mejor suerte o pagos de tierra que en su contorno había; y luego las demás que quedaban se partían por las gentes que eran de su servicio y vasallaje (conviene a saber) sus soldados, amigos y parientes, y entre estos todos se repartía todo muy igualmente. Todos éstos estaban obligados (y si algunos hay hoy lo están de presente) a reconocer la casa mayor y acudir a ella así a repararla como a hacerla de nuevo, siendo continuos en ella con reconocimiento de aves, casas, flores y ramos para el regalo y servicio de este señor mayorazgo; y el que lo es, está obligado a regalarlos y acariciarlos y darles de comer en su casa, como amigos y familiares y parientes que son de ella. Y así se llaman estos tales teixhuihuan, que quiere decir, los nietos de la casa solariega de tal parte. De esta manera se hicieron todos los repartimientos en sus principios, así entre los cuatro señores mayores como entre estotros que llamamos menores, a los cuales se les debe dar muy justamente título de marqueses, duques y condes, porque como estos señores son servidos de sus vasallos, lo eran estotros también de los suyos, y con tanta abundancia, respeto y reverencia, que dejándolos de servir como a hombres, casi los adoraban como a dioses. Y de esta manera fueron haciendo sus poblazones y los vasallos reconociendo a sus señores con tributos y pechos de las cosas que criaban y cogían. Y por este orden vinieron a ser muchos de ellos señores de muchas gentes y vasallos, y todos juntos ennoblecieron esta insigne poblazón de la

ciudad de Tlaxcallan y toda su provincia. La cual fundada por esta manera se conservó en paz y concordia, así entre sí, como con todas las otras provincias comarcanas, grandes tiempos, y se trataban y comunicaban en gran conformidad con todos y atravesaban los unos y los otros todas las tierras, provincias y reinos que querían, yendo a contratar del un mar al otro y de oriente a poniente, por todas las partes que estaban pobladas; muchas de las cuales lo estaban de estas gentes y traían por rescate de lo que llevaban oro, cacao, algodón, ropa, miel, cera, pluma rica de pájaros, papagayos y otras riquezas que mucho estimaban. Y fue este comercio tan abundante y continuo que vino a ser el reino de Tlaxcallan uno de los mayores que hubo en estas partes de este nuevo mundo, hasta que por su grandeza y majestad vino a ser enviado de las provincias vecinas y comarcanas, como después en el discurso de esta historia diremos cuando comiencen las gentes a rebelarse de veras los unos con los otros y el imperio mexicano quiera sujetar esta ilustre y célebre república, como decíamos en el segundo libro.

CAPÍTULO XVIII. *De la señoría de los totonacas y cómo comenzó y de los señores que tuvo*

OS TOTONACAS (que es una gente diferente en la lengua, que los mexicanos y fueron los que recibieron en Cempoala y Quimichtlan a Fernando Cortés) están extendidos y derramados por las sierras que le caen al norte a esta ciudad de Mexico. De su origen dicen que salieron de aquel lugar que llamaron Chicomoztoc o siete cuevas, juntamente con los xalpanecas y que fueron veinte parcialidades o familias, tantos de unos como de otros; y aunque estaban divisos en las parcialidades eran todos de una lengua y de unas mismas costumbres. Dicen que salieron de aquel lugar dejando a los chichimecas allí encerrados, y ordenaron su viaje hacia esta parte de Mexico y llegados a estas llanadas de la laguna pararon en el puesto donde ahora es Teotihuacan, y afirman haber hecho ellos aquellos dos templos que se dedicaron al Sol y a la Luna, que son de grandísima altura (como en otra parte decimos). Estuvieron allí por algún tiempo, y después o no contentos del lugar o con ganas de pasarse a otros, se fueron a Atenamitic que es donde ahora es el pueblo de Zacatlan; de aquí se pasaron más abajo cuatro leguas, entre unas sierras muy ásperas y altas, para mejor defenderse de sus enemigos, y aquí comenzó su primera poblazón y se fue extendiendo por toda aquella serranía por muchas leguas, volviendo al oriente y dando en las llanadas de Cempoala, junto al puerto de la Vera Cruz, poblándose toda aquella tierra de muchísimo gentío.

Estos totonacas, situados en Mizquihuacan, fueron gobernados por una sola cabeza y gastaron en nueve edades y vidas de otros tantos señores, tiempo de ochocientos años, gobernando cada uno de estos gobernadores